

JOSE ITURBI REGRESA ENFERMO DE LA URSS

LA GIRA HA DURADO DOS SEMANAS Y HA DADO UN CONCIERTO EN PRAGA Y SEIS EN RUSIA

"LA MÚSICA ESPAÑOLA HA SIDO MUY APLAUDIDA"

José Iturbi, el ilustre pianista que deslumbró nuestra adolescencia con su colaboración en aquellas películas en color, producidas por la «Metro», ha regresado ayer a Madrid, después de una gira artística de dos semanas por Rusia, aparentemente enfermo de gravedad.

Le hemos visitado en el hotel del paseo de la Castellana donde se hospeda siempre que pasa por Madrid. Estaba en cama, con una bufanda de Cachemira al cuello y una camiseta blanca, de algodón, como las que llevan los marineros americanos.

Sobre la mesilla de noche, un solo tubo de pastillas y dos relojes de mesa con esfera negra, dos crucifijos, estampas enmarcadas, un retrato familiar y las gafas, entre talonarios de cheques y extraños de cuentas bancarias.

—Acaban de irse los doctores. Ha sido un susto tremendo; pero parece que sufro agotamiento como consecuencia de mi gira por Rusia, que ha sido muy dura.

—¿Qué le han aconsejado?

—Reposo absoluto y poca conversación.

Pero el semblante del ilustre pianista no puede ser más saludable, al menos en apariencia. La tonalidad de la voz, el vigor de la conversación tampoco hacen sospechar un estado de precaria salud.

En realidad, José Iturbi vuelve de su campaña de Rusia como Napoleón, pero después de haber triunfado plenamente. Aunque su temperamento, su nervio le llevarán a una muerte con las botas puestas, porque no sabe vivir sin «trabajar el piano» durante toda la noche, cambiar de continente a la mañana siguiente, dar un concierto por la tarde y volver a navegar por los aires camino de otra sala de conciertos.

—¿Cuándo descansará usted?

—¿Cuándo? Ahora que estoy en la cama.

Pero no es cierto, porque mientras habla con nosotros está moviendo los dedos mecánicamente sobre el embozo de la cama, como si los bordados de la sábana fuesen el teclado del piano.

José Iturbi tiene setenta años, y

su vida, desde los veintiuno, ha sido una gira continua de conciertos por todo el mundo. Prácticamente, medio siglo sin tregua, de país en país, de hotel en hotel, de teatro en teatro, siempre con la música española en su repertorio, porque su patriotismo le hace ser el único español, con nombre internacional, que viviendo en América no ha consentido el nacionalizarse americano.

—¿Había estado alguna vez en Rusia?

—Sí, en 1927. Hace cuarenta años, casi.

En el cuarto del hotel tiene abierto un piano «Hazen», por si los médicos le permiten comenzar a «trabajarlo» mañana. Y si no se lo permiten estamos seguros de que hará lo que Juan Belmonte, cuando le dijeron los doctores que tenía que llevar una vida tranquila: se subió a un caballo, plató una garrocha y estuvo toda una tarde acosando y derribando becerros hasta que murió con los zahones puestos.

—¿Cuántos conciertos ha dado usted en esta gira?

—Uno en Praga y seis en Rusia: dos en Moscú, dos en Leningrado, dos en Kiev...

Sus ojos tienen una vivacidad levantina que hablan de su clara inteligencia, de su admirable talento para la lucha, de su comprensión para andar por el ancho y difícil mundo.

—El público ruso hay que ganarlo, porque es de entrada un poco reservado. Vamos, que no se entrega en seguida. Yo estoy contento: he dado hasta diez besos.

Pasó fronteras sin aduanas. Sus maletas viajaron cerradas, con sus papeles de música, sus fotografías familiares, sus crucifijos...

UNA DURA PRUEBA

—Moscú estaba a una temperatura de treinta y cinco grados bajo cero. Para los que vivimos en América, el viaje a Rusia es una dura prueba, porque estamos mal acostumbrados. Yo creo que acabaremos por perder las piernas de no utilizarlas apenas para andar. Además de las escaleras mecánicas

se están instalando ahora tapices móviles en muchos aeropuertos, para evitar los largos pasillos a pie.

Para entrar en el teatro Bolshoi, en el nuevo, no se permite el acceso a los taxis, de manera que José Iturbi tuvo que caminar con precaución sobre un pavimento de adoquines donde había cristalizado el hielo.

—A la salida no hay taxis, por lo cual es necesario tomar el Metro, que tiene unos pasillos interiores, por los que usted puede pasarse la vida andando. Atraviesa usted una plaza cualquiera de Moscú. Eso parece sencillo, pero es que allí son inmensas. «El hotel está ahí enfrente», le dicen a usted, y se pone usted a cruzar y la distancia es más que considerable.

—¿Fue usted solo a Rusia?

—Completamente solo. Le ruego a usted que no se ría; pero he ido solo porque no estaba seguro de que dejase entrar a mi perro «Carraca», a quien quiero mucho. ¿Y si lo metían en una perrera?... Era un riesgo. Preferí, por ese, ir solo.

El agotamiento de su gira por Rusia será superado de manera inmediata por este ciclope con los ojos claros y el músculo tenso, que aun viviendo en Beverly Hills conserva un fuero de narrajes en Burriana, su querido pueblo valenciano.

—¿Cuándo hará una vida moderada?

—Para mí la diversión es el trabajo. Unicamente pienso moderar la marcha. Llegué a dar 192 conciertos en una temporada y he querido reducir la cifra a sesenta... Aunque este año llevo ya ochenta y cuatro...

Nos habla de las salas de conciertos de Rusia, que considera espléndidas por su arquitectura y por su acústica.

—Aunque son unas salas viejas, admirablemente conservadas, con todo el confort moderno. Y tienen clase.

El repertorio que José Iturbi ha llevado para su gira por Rusia ha estado muy apretado de música española: Falla, Albéniz, Granados, Infante...

—La música española ha sido muy aplaudida.

Su llegada a Madrid ha tenido para él y para sus íntimos una alarma dramática, afortunadamente sin fundamento.

—¿Irás usted a descansar a Valencia?

—Eso quisiera yo. Pero tengo que ir a Beverly Hill, para continuar las grabaciones de discos. Luego vendré a Valencia, para un concierto con mi hermanos, a dos pianos. Después, Londres, gira por los Estados Unidos, otra vez Londres —donde toco este año cinco veces— seguidamente...

Los reporteros no se han enterado de que nuestro más grande pianista ha dado un paso en el aire, sin consecuencia. Mañana ya estará recuperado y otra vez volverá a coger el avión.

—Descanse usted unos días.

Sonríe, sin ánimo de seguir el consejo, al tiempo que movía los dedos sobre el embozo de la cama. Seguramente interpretaba mentalmente una balada, con la que en un día lejano abandonará el mundo.

Porque José Iturbi piensa morir muy viejo y con el frac puesto.

Marino GOMEZ-SANTOS

(Exclusiva de Pyresa.)